

## EL REGALO DE LOS MAGOS

William Sydney Porter, conocido como O. Henry (1862-1910), fue un escritor estadounidense que escribió cientos de cuentos. Es conocido por su ingenio, sus juegos de palabras y sus giros inesperados. "El regalo de los magos" se publicó en 1902. Mientras lees, toma notas sobre la relación entre Jim y Della.

[1] Un dólar con ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y sesenta centavos estaban en céntimos. Céntimos ahorrados, uno por uno, regateando con el tendero, el verdulero y el carnicero hasta que a uno le ardían las mejillas de vergüenza ante la silenciosa imputación<sup>1</sup> de avaricia<sup>2</sup> que implicaba un regateo tan obstinado. Tres veces los contó Della. Un dólar con ochenta y siete centavos. Y sería Navidad al día siguiente.

[2] Estaba claro que no había nada más que hacer fuera de echarse al miserable sofá y llorar. Así que Della lo hizo. Lo cual instiga<sup>3</sup> la reflexión moral que la vida está compuesta por sollozos, lloriqueos y sonrisas, predominando<sup>4</sup> los lloriqueos.

[3] Mientras la dueña del hogar va pasando de la primera etapa a la segunda, échale una mirada a su hogar. Un apartamento amueblado de \$8 por semana. No era exactamente un lugar para alojar mendigos, pero ciertamente el escuadrón de la mendicidad<sup>5</sup> lo habría descrito como tal.

[4] En el vestíbulo<sup>6</sup> de abajo había un buzón al cual no llegaba carta alguna y un timbre eléctrico del que ningún dedo mortal podía hacer timbrar. Y también en el buzón había una tarjeta con el nombre de "Señor James Dillingham Young".

[5] La palabra "Dillingham" había llegado hasta ahí volando en la brisa de un anterior periodo de prosperidad de su dueño, cuando había ganado \$30 por semana. Pero ahora que su sueldo se encogió a \$20 por semana, las letras de Dillingham se veían borrosas, como si estuvieran pensando seriamente en reducirse a una modesta y humilde "D". Pero cuando el señor James Dillingham Young llegaba a su casa y subía a su apartamento, le decían "Jim" y era cariñosamente abrazado por la señora James Dillingham Young, a quien hemos introducido como Della. Todo lo cual está muy bien.

[6] Della dejó de llorar y se empolvó las mejillas con su maquillaje. Se quedó de pie junto a la ventana y miró aburridamente hacia afuera donde miró un gato gris que caminaba sobre una cerca gris en un patio gris. Mañana sería Navidad y ella solo tenía \$1.87 para comprarle un regalo a Jim. Había estado ahorrando cada centavo que podía por meses y éste era el resultado. Con

<sup>1</sup> **Imputación:** (sustantivo). Sugerencia que alguien es culpable de algo.

<sup>2</sup> **Avaricia:** (sustantivo). Deseo de poseer cada vez más riquezas sin compartirlas; tacaño.

<sup>3</sup> **Instiga:** (verbo). Influir en alguien para que realice cierta acción o para que piense de cierta forma; provocar.

<sup>4</sup> **Predominando:** (verbo). Ser más abundante en cantidad, número o en intensidad que otras cosas.

<sup>5</sup> **Escuadrón de mendicidad:** Grupo de policías que arrestaban a mendigos/pordioseros/vagabundos.

<sup>6</sup> **Vestíbulo:** (sustantivo). Entrada de un edificio o casa.

veinte dólares a la semana no se va muy lejos. Los gastos habían sido mayores de lo que había calculado. Siempre lo eran. Sólo \$1.87 para comprarle un regalo a Jim. Su Jim. Había pasado muchísimas horas planeando un regalo bonito para él. Algo fino y especial y de calidad—algo que estuviera cerca de merecer el honor de ser propiedad de Jim.

[7] Entre las ventanas del cuarto había un espejo parteluz. Quizás hayas visto un espejo como este en un apartamento de \$8. Una persona muy delgada y muy ágil puede, observando su reflejo en una rápida secuencia de tiras longitudinales, obtener una concepción bastante exacta de su aspecto. Della, siendo delgada, había dominado el arte.

[8] De repente se alejó de la ventana y se puso delante del espejo. Sus ojos brillaban con intensidad, pero su rostro había perdido el color en veinte segundos. Rápidamente, se bajó el cabello y lo dejó caer en toda su gloria.

[9] Ahora bien, había dos posesiones de los James Dillingham Youngs de las que ambos se sentían muy orgullosos. Uno era el reloj de oro de Jim que había sido de su padre y de su abuelo. El otro era el cabello de Della. Si la reina de Saba hubiera vivido en el apartamento al otro lado del callejón, Della habría dejado colgar su cabello por la ventana algún día para que se secase, sólo para depreciar las joyas y los regalos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el conserje, con todos sus tesoros amontonados en el sótano, Jim habría sacado su reloj cada vez que pasaba, sólo para ver cómo se rascaba la barba de la envidia.

[10] Así que ahora el hermoso cabello de Della caía sobre ella ondulando y brillando como una cascada de pardas aguas. Le llegaba por debajo de la rodilla y se convertía como en una vestidura para ella. Y luego lo arregló de nuevo nerviosa y rápidamente. Por un momento vaciló y se quedó quieta mientras una o dos lágrimas salpicaban la desgastada alfombra roja.

[11] Se puso su vieja chaqueta café; se puso su viejo gorro café. En un torbellino de faldas y con un brillo aún en sus ojos, salió volando por la puerta y bajó las escaleras hacia la calle.

[12] En el lugar donde se detuvo, el cartel leía: "Mme. Sofronie. Productos para pelo de todo tipo". Della corrió un tramo hacia arriba y se recogió, jadeando. Madame, grande, demasiado blanca, fría, apenas parecía la "Sofronie".

[13] "¿Podría comprar mi cabello?", preguntó Della.

[14] "Yo compro cabello", dijo Madame. "Quítate el gorro y déjame echarle un ojo".

[15] La parda cascada cayó hacia abajo.

[16] "Veinte dólares", dijo Madame, pesando su cabellera expertamente en sus manos.

[17] "Démelos rápido", dijo Della.

[18] Ah, y las dos horas siguientes volaron con alas rosas. Olvídate de la metáfora floreada. Estaba saqueando<sup>7</sup> las tiendas buscando el regalo de Jim.

[19] Por fin lo encontró. Seguramente se había hecho para Jim y para nadie más. No había otra igual en ninguna de las tiendas, y ella las había inspeccionado al derecho y al revés. Se trataba de una cadena de platino de diseño sencillo y casto, que proclamaba adecuadamente su valor sólo por la sustancia y no por la ornamentación ostentosa<sup>8</sup> como deberían hacer todas las cosas buenas. Incluso era digno de El Reloj. En cuanto la vio, supo que debía ser de Jim. Era como él. La tranquilidad y el valor: la descripción se aplica a ambos. Le sacaron veintiún dólares por ella y se apresuró a volver a casa con los 87 centavos. Con esa cadena en su reloj, Jim podría estar debidamente preocupado por la hora en cualquier compañía. Por muy fino que fuera el reloj, a veces lo miraba a escondidas debido a la vieja correa de cuero que utilizaba en lugar de una cadena.

[20] Cuando Della llegó a casa, su embriaguez dio paso a la prudencia y la razón. Sacó los rizadores, encendió el gas y se puso a trabajar para reparar los estragos que había hecho la generosidad sumada al amor. Lo cual es siempre una tarea tremenda, queridos amigos, una tarea descomunal.

[21] En menos de cuarenta minutos, su cabeza estaba cubierta de rizos diminutos y apretados que la hacían parecer maravillosamente como un estudiante holgazán. Miró su reflejo en el espejo de forma prolongada, cuidadosa y crítica.

[22] "Si Jim no me mata", se dijo a sí misma, "antes de que me eche un segundo vistazo, dirá que parezco una corista de Coney Island". ¿Pero qué podría hacer, oh, qué podría hacer con un dólar y ochenta y siete centavos?"

[23] A las 7 en punto el café estaba hecho y la sartén estaba en la parte trasera de la estufa caliente y lista para cocinar las chuletas.

[24] Jim nunca llegaba tarde. Della dobló la cadena de la leontina en su mano y se sentó en la esquina de la mesa, cerca de la puerta por la que él siempre entraba. Entonces oyó su paso en la escalera, lejos en el primer piso y, por un momento, se puso pálida. Tenía la costumbre de rezar un poco en silencio sobre las cosas más sencillas de la vida cotidiana, y ahora susurró: "Por favor, Dios, haz que piense que todavía soy bonita".

[25] La puerta se abrió y Jim entró y la cerró. Parecía delgado y muy serio. Pobrecito, sólo tenía veintidós años, ¡y tener que cargar con una familia! Necesitaba un abrigo nuevo y estaba sin guantes.

[26] Jim se detuvo dentro de la puerta, tan inmóvil como un perdiguero<sup>9</sup> ante el olor de la codorniz. Sus ojos estaban fijos en Della, y había una expresión en ellos que ella no podía leer, y

<sup>7</sup> **Saqueando:** (verbo). Apoderarse violenta o erráticamente de algo.

<sup>8</sup> **Ostentoso:** (adjetivo). Pareciendo atractivo, pero sin valor real.

<sup>9</sup> **Perdiguero:** (sustantivo). Un perro utilizado para cazar

la aterrizzaba. No era de enojo, ni de sorpresa, ni de desaprobación, ni de horror, ni de ninguno de los sentimientos para los que se había preparado. Se limitó a mirarla fijamente con esa peculiar expresión en el rostro.

[27] Della se escurrió de la mesa y se acercó a él.

[28] "Jim, querido", exclamó, "no me mires así. Me corté el cabello y lo vendí porque no podría haber vivido la Navidad sin darte un regalo. Volverá a crecer, no te importa, ¿verdad? Tenía que hacerlo. Mi cabello crece rápidamente. Dime ¡Feliz Navidad! Jim, y seamos felices. ¡No te imaginas que regalo, qué regalo tan lindo te tengo!"

[29] "¿Te cortaste el pelo?", preguntó Jim, laboriosamente, como si aún no hubiera llegado a ese hecho patente<sup>10</sup> ni siquiera después del más enorme esfuerzo mental.

[30] "Me lo corté y lo vendí", dijo Della. "Me sigues queriendo de todos modos, ¿verdad? Sigo siendo yo sin mi cabello, ¿no?"

[31] Jim pasó su mirada por la habitación con curiosidad.

[32] "¿Dices que se te ha ido el pelo?", dijo, con un aire casi de idiotez.

[33] "No hace falta que lo busques", dijo Della. "Se ha vendido, te digo; se ha vendido y se ha ido, también. Es la Nochebuena, hombre. Sé bueno conmigo, ya que fue para ti. Tal vez los cabellos de mi cabeza estuvieran contados -continuó con repentina y seria dulzura-, pero nadie podría contar mi amor por ti. ¿Pongo las chuletas, Jim? Quizás los días de mi pelo estaban contados", continuó de repente con seria dulzura, "pero nadie podría contar mi amor por ti. ¿Pongo las chuletas, Jim?"

[34] Jim pareció despertar rápidamente de su trance. Abrazó a su Della. Durante diez segundos miremos con discreción en otra dirección, hacia algún objeto sin importancia. Ocho dólares a la semana o un millón al año, ¿qué diferencia hay? Un matemático o un sabio te darían la respuesta equivocada. Los magos trajeron valiosos regalos, pero eso no estaba entre ellos. Esta oscura afirmación se iluminará más adelante.

[35] Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo arrojó sobre la mesa.

[36] "No te equivoques, Dell", dijo, "sobre mí. No creo que haya nada en la forma de un corte de pelo o su lavado o un peinado especial que pueda hacer que me guste menos mi chica. Pero si desenvuelves ese paquete verás por qué por un momento me dejaste atónito".

[37] Unos dedos blancos y ágiles rasgaron la cuerda y el papel. Entonces se escuchó un jubiloso grito de éxtasis; y después, ¡ay! un rápido cambio femenino a lágrimas y lamentos histéricos, lo que requirió el inmediato despliegue de todos los poderes de consuelo del señor del apartamento.

---

<sup>10</sup> **Patente:** (adjetivo). Obvio, claro

[38] Porque allí estaban Las Peinetas, el conjunto de peines, de lado y de espalda, que Della había estado admirando durante mucho tiempo en una vitrina de Broadway. Hermosas peinetas, de puro caparazón de tortuga, con bordes enjoyados, justo el tono para lucir el hermoso cabello desaparecido. Eran peines caros, lo sabía, y su corazón simplemente los había anhelado y deseado sin la menor esperanza de posesión. Y ahora eran suyos, pero los mechones que deberían haber adornado los codiciados adornos habían desaparecido.

[39] Pero los abrazó contra su pecho, y al final fue capaz de levantar la vista con ojos tenues y una sonrisa y decir: "¡Mi cabello crece tan rápido, Jim!"

[40] Y entonces Della saltó como un gatito chamuscado y gritó: "¡Oh, oh!"

[41] Jim aún no había visto su hermoso regalo. Se lo tendió con entusiasmo sobre su palma abierta. El opaco metal precioso parecía destellar con un reflejo de su brillante y ardiente espíritu.

[42] "¿Verdad que es maravillosa, Jim? Recorrí la ciudad para encontrarla. Ahora tendrás que mirar la hora cien veces al día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo se ve con ella puesta".

[43] En vez de obedecer, Jim se dejó caer en el sofá, cruzó sus manos debajo de su nuca y sonrió.

[44] "Dell", dijo, "olvidémonos de nuestros regalos de Navidad y mantenerlos un tiempo. Son demasiado hermosos para usarlos sólo en este momento. Vendí el reloj para conseguir el dinero para comprar tus peines. Y ahora me supongo que pones las chuletas".

[45] Los reyes magos, como sabes, eran hombres sabios -muy sabios- que llevaron regalos al Niño en el pesebre. Inventaron el arte de dar regalos de Navidad. Siendo sabios, sus regalos eran sin duda sabios, llevando posiblemente el privilegio del intercambio en caso de duplicación. Y aquí les he relatado, de forma muy torpe, la sencilla crónica de dos jóvenes ingenuos en un apartamento que sacrificaron muy imprudentemente el uno por el otro los mayores tesoros de su casa. Pero, para terminar, digamos a los sabios de hoy en día que, de todos los que hacen regalos, ellos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, los más sabios son los seres como Jim y Della. En todas partes son más sabios. Ellos son los Reyes Magos.